

Don José Del Carmen Marín: EL ORDENANZA DE CÁCERES
Remembranza de un artículo escrito por el fundador del Centro de Altos Estudios Militares



Por: Italo Orihuela
Profesor en la Universidad Mayor de San Marcos
iorihuela@ugmail.com

RESUMEN: “En un mundo en el que todo es tan sumamente frágil y está lleno de demagogia, desorientación, fanatismo y mala voluntad”, - como lo relata Ryszard Kapuscinski en su extraordinario ensayo el “Encuentro con el otro”¹-, a los que tenemos un acendrado sentimiento por la patria amada, el “encuentro con el otro” se convierte en la piedra filosofal para elegir y decidir en tiempos de pandemia e incertidumbre. En esta remembranza transcribimos un artículo del General don José del Carmen Marín, fundador del Centro de Altos Estudios Militares: “Cáceres: La Razón de Ser del Perú, publicado en el diario El Comercio el 27 de noviembre de 1979, en el centenario de la batalla de Tarapacá, donde recuerda su paso por el Ejército como Cabo de Infantería, designado como ordenanza del entonces General.

¿Cómo saber y aprender de Cáceres? ¿Cómo podemos conocer y seguir a Cáceres? No es simple o fácil conocer al otro. Más si se trata de alguien que cambió la historia de nuestro país. Los juicios de valor no cuentan, cuando el que suscribe algún artículo o ensayo sobre alguna persona que no conoce y más si se encuentra en el Olimpo.

Encontrarse con “otro”, significa percibir sensaciones, emociones, leves, fuertes, y con el tiempo se pueden intensificarse o convertirse en todo lo contrario. El “otro” poco a poco se convierte en nuestro “otro yo”, al seguirlo o rechazarlo. Ese es el fundamento de los seres humanos, decir lo correcto, buscar la verdad, no engañar, cada quien tiene su propia cosmovisión del otro. Entonces, la única forma de saber realmente de alguien es conociéndolo físicamente, las relaciones humanas cumpliendo con el principio de la humanidad. ¿Cómo podemos criticar o denostar de alguien que nunca conocimos personalmente? La grandeza del ser humano radica en comprender la trascendencia del “encuentro con el otro”.

Escribir acerca del Mariscal del Perú, Don Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, es revisar la tinta indeleble de aquello que nos precia a todos los peruanos, cuando sentimos el amor a la patria: *Somos un pueblo que no se rinde jamás*. Es nuestra esencia. Es nuestra “razón de ser”. El título de nuestro artículo, está tomado del publicado el 27 de noviembre de 1979 en el diario “El Comercio”. El General don José Del Carmen Marín, recuerda el inicio de su carrera por el Ejército y recoge intimidades de nuestro Mariscal que transcribimos a continuación. Nuestro deseo, en el mes de la Resistencia en La Breña, es mantener intacto aquellos episodios vividos por un testigo presencial en los días finales de “Cáceres: La razón de ser del Perú”.

Vivía el General (entonces aún no era Mariscal) Cáceres en Ancón, cuando lo conocí se había retirado de Chorrillos, precisamente estuve allí enfermo y entonces, junto con otros soldados, fui trasladado a Ancón para

¹ Vidal, Luis Enrique. (2016). El encuentro con el otro Ryszard Kapuściński España, Anagrama, 2007. Revista Valenciana estudios de filosofía y letras. 4. 151. 10.15174/rv.v0i7.231.

cambiar de clima. Sucedió esto en 1917, había entrado a la Escuela de Clases el 25 de mayo de ese año. Estuve en el Batallón de Zapadores, cuyo cuartel habría de ser sede, años después, de la Escuela de Hidroaviación. Ancón era en ese tiempo una aldea, con escasas residencias y estaba conectada con Lima por tren.

Nuestro Batallón tenía la obligación de mandar un clase y un grupo de ordenanzas a la casa del General Cáceres. A poco de haber llegado a Ancón, tuve la suerte de cumplir ese servicio, entonces era yo un desconocido, un simple soldadito que acababa de ascender a cabo. Además de la emoción que sentí al ser designado para tal misión, tuve por temor de no cumplirla a cabalidad, más aun sabiendo que el anterior jefe de ordenanzas, puesto para el que se me escogía, había tenido poca suerte. Serían dos meses los que pasaría compartiendo, aunque de lejos. El techo bajo el cual se albergaba al héroe de La Breña. Tenía yo por entonces un sentimiento de gratitud y admiración por Cáceres, que luego se acrecentaría día a día por considerarlo un hombre que a lo largo de toda su vida no tuvo otro pensamiento que el Perú, que no pensó sino en procurar el bienestar de la patria amada.

Si me escogieron para comandar el Cuerpo de Ordenanzas fue por la sencilla razón de que tenía instrucción media completa, en el Batallón servía como Furriel. En esos años los soldados eran en su mayoría analfabetos, eran reclutados solo en nuestra masa indígena. Los meses que serví en la casa de Cáceres, junio y julio fueron de invierno.

Cáceres poseía una prestancia impresionante, era alto, fuerte, tuerto, con una cicatriz que le cruzaba del ojo a oreja, producto de un sablazo recibido en uno de los tantos combates de los que fue protagonista, tenía una barba que lo hacía venerable y de respeto, su figura de anciano. Daba la impresión de ser – y ciertamente lo era – un hombre serio y austero. Era una persona observadora de los más mínimos detalles. Cuando me presenté ante él, me preguntó todo mi currículo y hasta hizo algunas observaciones, principalmente sobre la razón por la cual teniendo instrucción media completa no había ingresado a la Escuela de Oficiales. Le contesté que no llegué a tiempo para los exámenes y que por eso me incorporé a la tropa.

A todos los que lo rodeaban, a la servidumbre, y a los soldados y también al pueblo, la figura de Cáceres infundía una veneración y un sentimiento de gratitud profundo por lo que era, por lo que había hecho en defensa de nuestra patria. Además de simpatías, infundía cariño.

Por esa época el General se levantaba temprano, nosotros que llegábamos a las siete y media lo hallábamos de pie, sólo en ocasiones permanecía en cama, a más tardar hasta las nueve y media, y esto en razón a sus catarros. Ninguna vez, mientras duró mi servicio, se quedó todo el día en la cama.

Realizaba luego un paseo matinal, costumbre diaria, paseaba de extremo a extremo por un malecón que entonces tenía la playa, otras veces daba vueltas alrededor de la casa. Nosotros teníamos la orden de seguirlo a distancia prudencial, para evitarle cualquier contratiempo. Le gustaba pasear solo, llevando por agradable compañía únicamente su famoso bastón de marapini, madera brasileña, dura y pesada que frecuentemente elogiaba.

Al volver de su paseo entraba en su escritorio, allí leía, escribía y recibía a sus amigos. Tenía predilección por la lectura de temas históricos, historia clásica e historia militar; puede ver libros sobre guerras napoleónicas y otros de ese carácter. Leía también los periódicos que todos los días le mandaban por tren.

Cáceres guardaba un profundo respeto a la persona humana como tal, sin distinción de clases, el jerarquizaba toda labor. Al soldado le asignaba una situación especial: solo debía servir en el cuartel y a la patria. Al respecto viene a mi memoria un recuerdo que me causó honda impresión: un día, al llegar del cuartel, encontré en el hall de la casa del General unos papeles tirados en el suelo. Entonces se me ocurrió decirle a un Ordenanza que trajera una escoba para recogerlos. En el momento en que el soldado iniciaba su labor, apareció el General, quien ante nuestro estupor, le arrancó de las manos violentamente la escoba y volviéndose a mí gritó:

“¡Cabo, el soldado sólo barre en el cuartel y no en casa de particulares. Para eso está el mayordomo; llame Ud. al mayordomo!”.

Asignaba, pues, a cada cual la labor que le correspondía, nunca otra.

No obstante tal anécdota, debo decir que por lo general Cáceres no se violentaba, pero algunas veces pude verlo encolerizado en presencia de algún invitado seguramente cuando se discutían asuntos políticos, o recuerdos ingratos de la guerra. Desde mi posición, lejana del general por rango y por las razones mismas del servicio, nunca tuve acceso a tales conversaciones. Al término de las charlas con sus amigos, Cáceres lo acompañaba hasta la puerta de la casa; varias veces lo vimos ver comentando solo las ocurrencias de la entrevista.

Por entonces el General tenía ya poca servidumbre. Recuerdo que un negro le servía casi como un segundo o como Ordenanza Principal. Este sirviente llevaba las maletas del General hasta la estación del tren las veces que marchaba a Lima; limpiaba los uniformes, tenía a su cargo el cuidado de las cosas grandes y pequeñas del General. Su servicio era pues de bastante responsabilidad. Por la confianza y el cariño con que hablaba del General se veía que era algo más que el mismo sirviente; conociendo la calidad humana de Cáceres hay que pensar que ese negrito era para él un amigo.

El servicio que prestábamos los Ordenanzas en la casa de Cáceres puede decirse que apenas se circunscribían a almorzar y observar. Teníamos, eso sí que ser puntuales y recuerdo que algunas veces tuvimos que venir desde el cuartel a la carrera por no llegar a destiempo. Nos servían el almuerzo a las once y media en punto, como en el cuartel; a esa hora se presentaba en el comedor Cáceres, cuchara en mano, para probar si los alimentos servidos estaban en el punto y con todos sus ingredientes. Debo señalar en honor a Cáceres, que nuestras comidas eran las mismas que a él le servían. Eran platos variados, serranos y criollos; siempre sencillos, porque Cáceres siguió siendo ante todo un soldado. Bebía agua y vino, a veces pisco, del bueno, no le gustaba la cerveza; y tenía puntualmente consigo una taza de café.

En casa vestía Cáceres una pelliza, de las antiguas, recuerdo de Francia, sin medallas pero sí con hombreras de General. Amaba ponerse sus botas. A veces se pasaba todo el día en traje de montar.

El héroe no se mezclaba con la aristocracia, que empezaba a lucir sus galas en Ancón. Prefería creo, el cariño sincero del pueblo común, los pescadores, la gente humilde que habitaba la aldea que gustaba pararse frente a las rejas de la puerta de Cáceres para mimarlo cuando salía, para saludarlo con reverencia y él contestaba esa muestra de cariño a todos, sonriendo.

Cáceres hablaba el quechua con los soldados, con los sirvientes y lo curioso es que hasta el negrito que hemos citado se entendía en nuestra lengua vernácula. Seguramente se lo trajo de la sierra. Al hablar castellano se le notaba el acento serrano.

Era nuestro caudillo un católico practicante. Cerca del comedor de su casa tenía una reliquia de Santa Rosa de Lima, en una especie de hornacina. Asistía los domingos a misa, en la única iglesita del pueblo, vestido de civil o uniformado, solo, o acompañado del fiel negro o del oficial de órdenes, teniente Murazzi.

Entre los personajes que acudían con cierta frecuencia a visitarlo recuerdo al General Borgoño, que aunque tenía una casa en Ancón pasaba la mayor parte del año en Lima por no acostumbrarse al húmedo invierno del balneario.

Otra de las personalidades que acudía a visitarlo, solicitando antes siempre permiso, era el Jefe del Cuerpo de Cuartel del II de Zapadores, Teniente Coronel Justo Arias Aragüez, quien iba a rendirle honores, a indagar por su salud y preguntar por sus necesidades, atento siempre a servirlo de la mejor manera posible.

Por lo General, los Ordenanzas nos retirábamos tras el lonche, pero en algunas ocasiones, invitado por Cáceres, nos quedábamos a cenar. Alguna de esas noches vi jugar a Cáceres con sus amigos rocambor. Usaba naipes españoles, baraja antigua que en Ancón vendía un italiano que llegó a ser con el devenir del tiempo el dueño del “Gran Hotel”.

Esos son mis recuerdos del tiempo que fui Ordenanza de Cáceres en Ancón. Y al morir Cáceres, aún un episodio me acercaría a él, como se sabe, murió en Ancón. Al Batallón de la Escuela donde yo servía, ya como Oficial, le cupo rendirle los honores de la última despedida, y como yo era de la primera compañía, a mi sección le tocó montar la guardia de honor a la salida de la estación de desamparados. En esa misma sección servía Francisco Gómez de la Torre, nieto del Mariscal. Fue muy lucido el entierro de Cáceres. El féretro se llevó en hombros desde la catedral hasta el cementerio. Lo recuerdo bien, como recuerdo que aquel día padecieron los soldaditos que estaban de escolta, que a lo largo del trayecto debieron portar el fusil a la funerala. Mucha gente, en las calles y desde los balcones, tributaron el postrero adiós al héroe Nacional.

Lima, Diario El Comercio, 27 de noviembre de 1979.

¿Qué puedo descifrar o interpretar de lo escrito por alguien que conoció “al otro” y que luego fue su “otro yo”? Como peruano y patriota sigo descubriendo que el “Brujo de los Andes” fue una persona magnánima y que se entregó por nuestro Perú con toda su dimensión humana. “Gloria y honor a nuestro Mariscal Cáceres”.
